

Índice

Prólogo, 9

Primer premio:

El gran jefe Seattle

por Sofía Hernández Morales, 13

Segundo premio:

Desperté

por Judith del Pozo Ortega, 25

Finalistas:

Amor de madre

por Silvia Carracedo Monterreal, 33

¿Y tú?

por Ángela de Diego de la Torre, 41

Naturalexia

por María Ángeles Conesa López, 51

Sabiduría natural

por Carla Herrero Suárez, 61

Pedro Eolio

por Alejandro Delgado García, 69

Despierta, es hora de irse

por Amparo García Pinilla, 77



El gran jefe Seattle

Sofía Hernández Morales

Colegio Santa María de Las Rozas. Las Rozas (Madrid)

Bajo la luz del tercer sol de primavera los sabios de la tribu discutían una cuestión importante, tanto, que nadie levantaba la voz, sino que susurraban, con ese deje de preocupación que caracteriza a los problemas de verdad.

Esa mañana todo estaba en silencio, el río bullía más sosegado y la brisa pasaba muda entre los pinos. Toda la naturaleza estaba expectante ante la conclusión de aquella reunión.

De pronto una niña de trenzas muy largas irrumpió en la tienda y todos los sabios clavaron sus ojos en ella.

Murmuró un saludo, avergonzada, antes de dirigirse al hombre que llevaba un majestuoso tocado de plumas. —Tío, venía a buscarte, pero veo que estás ocupado.

—No te preocupes, Nayeli —se levantó mientras miraba a los ancianos—, hermanos, llevamos horas discutiendo, a todos nos vendrá bien un descanso. Que el viento del este nos permita ver con más claridad. Seguiremos mañana, cuando el sol vuelva a nacer.

Dicho esto, salió del tipi con la chica y todos los sabios quedaron aliviados.

Fuera, el poblado estaba lleno de actividad, había hermanos curtiendo pieles, confeccionando cestas o

tejiendo ropas. El águila volaba alto, muy cerca del sol: un buen presagio, pensó el Gran Jefe Seattle.

—Tío, te llamaba porque ya es hora de ir a la pradera. Necesitamos cazar, se ha acabado la carne.

—Bien, iremos a caballo. Se está haciendo tarde. Coge tu arco, hoy voy a enseñarte a cazar al gran búfalo.

Nayeli estaba tan ilusionada que casi voló hasta su tienda. La caza del búfalo era muy importante para su gente, no era solo cazar, también se enseñaban los rituales para dar las gracias al hermano búfalo por su carne y liberar su alma para que no quedase atrapada en el cuerpo inerte.

La niña fue tan rápida que, en menos de lo que tarda una hoja en caer al suelo, ya salían los dos del poblado en dirección a la pradera.

La tribu estaba asentada en una hondonada entre montañas, rodeada de pinos que susurraban secretos al viento.

Para llegar a la pradera había que atravesar el Bosque del Águila. Seattle amaba este bosque, pues en él se escuchaba la respiración de la madre tierra. En cada rincón se podía oír el zumbido de los insectos y el murmullo del arroyo. Los sonidos cambiaban con el paso de las estaciones, pero el que más le gustaba a Seattle siempre estaba allí: el fluir de la sangre de los árboles. Era difícil de escuchar, pero si prestabas atención podías oírlo, era un sonido arcaico, pues había acompañado al bosque desde sus inicios.

Aunque el lugar era umbrío, el sol dibujaba tapices de luz a través de las hojas, por los que los caballos trotaban alegres. Nayeli había aprendido a montarlos

cuando tenía siete años. Su padre le había dicho el secreto:

—Es importante que sepas que el caballo no es tu sirviente sino tu hermano y, como tal, debes tratarle. Muéstrale respeto, y él te lo mostrará a ti. Los caballos salvajes son como el río, su torrente fluye libre y es inútil tratar de controlarlo. De ahí que los rostros blancos no puedan montarlos. Los tratan como bestias que deben doblegarse a su voluntad. Por eso no montan el caballo salvaje, ni entienden el río.

El padre de Nayeli fue un gran guerrero. Tenía una puntería que nunca fallaba y montaba el corcel más rápido de la tribu. Su conexión era tan fuerte que, después de que cayera en batalla, Tormenta no volvió a dejarse montar.

Malditos caras pálidas, pensó Nayeli, siempre librando batallas absurdas. El recuerdo de su padre le dio la fuerza para preguntar algo que le había estado preocupando durante varios días.

—Tío, ¿sobre qué discutíais tú y los sabios? ¿Era sobre el mensaje que trajo aquel soldado? —Nayeli no había podido dejar de pensar en la expresión de su tío cuando el hombre blanco vino a la aldea en mitad de la cena, con su caballo esclavo y sus aires de superioridad. Desde ese momento la tribu no había pasado una luna en paz.

—Bueno... —esta pregunta tomó desprevenido a Seattle— era una carta del Gran Jefe Blanco de Washington. Quiere comprarnos estas tierras.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Quiere darnos su dinero a cambio de las montañas.

—¡Pero no puede hacer eso! La tierra no pertenece a nadie ¿Acaso venderían ellos a su madre o a sus hermanos por unos pedazos de metal? ¿Cómo se atreven a proponer tal cosa?

—Nayeli, es hora de que entiendas algo. Tú sabes bien que la tierra es nuestra madre, ella mantiene la vida, por ello no nos pertenece, nosotros le pertenecemos a ella. Pero esto los hombres blancos no lo entienden. Así como los pieles rojas honramos a los árboles y a los animales por ser nuestros hermanos, ellos solo los utilizan para sus propósitos, como si fueran herramientas.

»Pero no debes odiarles por esto, debes tenerles compasión. Nos llaman salvajes, pero son ellos los que no saben, no pueden o no quieren ver que lo que el hombre hace a la tierra se lo hace a sí mismo. Al final, todo lo vivo sufrirá el mismo destino, sin importar cuántas riquezas tenga.

»Aunque sea difícil de entender, los hombres blancos también son nuestros hermanos. Todos somos hijos de la misma madre.

—No me gustan esos caras pálidas. Tal vez sean nuestros hermanos, pero no tengo por qué llevarme bien con ellos. De todas formas..., no se las vais a vender, ¿verdad?

—No lo sabemos todavía, el Gran Jefe Blanco es muy poderoso y ha prometido respetar nuestras tierras y honrarlas como nosotros hacemos.

Nayeli estaba a punto de replicar algo, cuando un olor amargo invadió su nariz. Según conversaban, los

árboles se habían ido despejando hasta desaparecer casi por completo, ahora se encontraban ante una gran explanada de hierba.

El olor se intensificó hasta volverse nauseabundo. Entonces descubrieron la causa de este. Ambos quedaron paralizados: decenas de búfalos yacían muertos en la pradera, algunos de ellos ya estaban descomponiéndose.

—¿Cómo ha podido pasar? —Nayeli no cabía en sí de asombro y horror—. Tal vez el arroyo esté envenenado o...

Pero entonces reparó en las dos barras metálicas que cruzaban la pradera y se acercó a verlas más de cerca. De pronto, empezaron a temblar, y con ellas el resto de la tierra. Los pájaros alzaron el vuelo, conscientes de que algo terrible iba a ocurrir. Seattle apenas tuvo tiempo de apartar a Nayeli antes de que un monstruo de humo y acero cruzara la pradera. Hacía un ruido ensordecedor que acallaba los sonidos de la naturaleza. El humo que desprendía era negro como la noche y partía en dos el cielo como un cuchillo. De él asomaron varias caras blancas con armas de metal, apuntaron a los búfalos que pacían al otro lado de la pradera y estos cayeron muertos al suelo.

Un grito de horror escapó de la boca de Nayeli mientras que su tío, por primera vez, no encontraba palabras para el vacío que se había abierto en su pecho.

La niña cayó de rodillas y permanecieron unos instantes en silencio dejando que la tristeza llenara el aire. Por fin ella habló.